

CULTURA, SUEÑO Y CIUDA D

Una charla con Eugenio Trías

Carlos Alberto Girón Lozano

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

A Paloma

El paseo de *Las Ramblas* se desborda, como es usual, por el movimiento de gente de todos los rincones. Su multicolor caudal desemboca en el histórico Mediterráneo que se ve señalado por un inmenso Colón; como si quisiera éste denunciar los vientos del África que se disponen a bañar la ciudad. Por otro lado se encuentran Montjuich y el Tibidabo, elevándose para dar variedad al panorama costero y paradisíaco de Barceloneta, San Sebastián, Nueva Icaria, Bogatell, Mar Bella y Nueva Mar Bella. La imponente Plaza Cataluña luce sus fuentes que son provocadoras de inevitables calosfríos: uno de los puntos de reunión más bellos con los que uno se pueda topar. Más arriba una maravilla arquitectónica parece emerger de las entrañas de la tierra imitando (poetizando) formas naturales como sólo Gaudí podía hacerlo: es La Sagrada Familia, obra cumbre y tumba del máximo exponente del modernismo catalán. Así es la capital de Cataluña: Barcelona.

Dentro de los rincones de esta variopinta ciudad encontró su cuna uno de los pensadores más importantes de nuestros tiempos: Eugenio Trías. Nacido en agosto del 1942, Trías encuentra en Barcelona terreno fértil para sus inquietudes y particular habilidad en la escritura, aunque el horizonte filosófico aparece de manera relativamente tardía. “Ignoro si yo elegí la filosofía o la filosofía me eligió a mí”,¹ reconoce el propio Eugenio y abre con esto sus memorias, o confesiones, que constituyen un imprescindible recorrido por sus motivaciones, y así no olvidar nunca que él es también de condición humana.

Por mi parte, en un primer trabajo escolar en el que pretendía dar cuenta de los motivos para ingresar a una licenciatura en filosofía, tras un año de trabajo en la misma, citaba ya esa frase con la que se abren las memorias de Eugenio Trías a recomendación de mi maestra, asesora y, sobre todo, amiga

Rosario Herrera. Con esto parecía anunciarse un futuro encuentro, se comenzaba a fraguar una cercanía con aquel filósofo que entonces resultaba una incógnita. Pero tuvieron que pasar cuatro años de navegación por las aguas de la filosofía para regresar a buen puerto: la filosofía del límite. Como cualquier viajero no regresé al punto de partida con las maletas vacías: éstas traían consigo el aroma propio del navío en el que se embarcaron, en este caso la filosofía de la cultura. En efecto, en el viaje homérico de regreso al lugar de partida, fue inevitable aprender a querer el sello que distingue a esa hermosa escuela que es la Facultad de Filosofía “Samuel Ramos”. El resultado del vaivén es un proyecto de investigación que intenta leer la propuesta filosófica de Eugenio Trías (la filosofía del límite) con el sello de la casa (la filosofía de la cultura).

La historia de las casualidades, que poco a poco se desdoblaron en causalidades, me llevó a Alemania y, con ello, se abrió la puerta para un encuentro con el filósofo barcelonés. Fue gracias a la mediación de una amiga en común, Rosario Herrera, que pude llegar a la puerta de esa acogedora vivienda en la calle de Conde de Salvatierra para encontrarme con Eugenio Trías. Pero, ¿qué preguntarle cuando el proyecto estaba aún naciendo? Los nervios me comían.

Durante mi estancia en tierras teutonas tuve la fortuna de contar con un compañero que me ayudó a conservar la cordura en un ambiente tan adverso para el candor latino: *El árbol de la vida*. Estas memorias me acercaron al autor, me permitieron ver el rostro humano (e incluso *demasiado humano*) de aquella eminencia del pensamiento, de manera que al encontrarle de frente su rostro emanaba una familiaridad que facilitaba el habla y apaciguaba esa primera marejada de nervios. Así mismo, mientras me encontraba amablemente hospedado en la casa de dos entrañables amigos (Nacho y Mónica) me tope dentro del frigorífico con la solución a la angustia: un melocotón.

Uno de los pasajes que más llamaron mi atención en las mentadas memorias, es aquel en donde Eugenio Trías nos narra la leyenda de su primera palabra: melocotón. Si es o no cierto es lo de menos, dicha palabra, como él mismo nos dice, marca su ingreso al universo de la significación. Una luz se veía al final del túnel y en ella, en el fondo de un cajón del frigorífico, estaba ese punto de condensación en el que todo el universo parecía conspirar para ofrecer una respuesta a un pobre mortal: ¡un melocotón! Poco faltaba para que corriera rumbo a la calle Balmes gritando ¡eureka! ¡eureka! No cabe duda de que el término “universo de significación” podría tener una conexión con el de “cultura”, y entonces aquella primera intuición que

había dado como resultado una primera formulación de un proyecto de investigación podría no ser tan descabellada después de todo. Había que indagar en lo que Trías concebía por cultura y cómo se relacionaba esto con una de sus metáforas predilectas para la exposición de su pensamiento, a saber, la ciudad. Él mismo nos ha dicho en el prólogo al texto de Rykwert:

El tema de la ciudad recorre la historia del pensamiento filosófico, y yo he pretendido, desde los comienzos de mi andadura reflexiva, ya en tiempos en que escribí *Drama e identidad* y *El artista y la ciudad*, evocar una y otra vez este gran tema platónico. Y este libro de Rykwert es, creo, un punto de apoyo necesario para todo verdadero investigador de las raíces arqueológicas de nuestras ideas y creencias, o de nuestros hábitos mentales, que tienen en la fundación simbólica de la ciudad, verdadera re-creación del *cosmos*, o del mundo, uno de sus puntos clave.²

Fue así como la charla tomó forma en mi cabeza... la *cita* con el filósofo podía llevarse a cabo ahora.

Doce de julio del 2006, la fecha pactada. Eugenio Trías me recibe amablemente y le extiendo la mano entregándole el melocotón que había aclarado todo. La plática se desarrolla y nos despedimos con la promesa de volver. Aquí presento la charla con Eugenio Trías que no es otra cosa que los primeros pasos de un proceso de descubrimiento de los recovecos de la ciudadela del límite vista con las gafas de la tradición en la que yo mismo me inscribo: la filosofía de la cultura. El encuentro no pudo ser más gratificante. Agradezco infinitamente al Dr. Eugenio Trías su tiempo, disposición y paciencia, así como a la Dra. Rosario Herrera, ya que sin ella estas líneas no serían posibles. A todos aquellos que hicieron posible este viaje (tanto en lo material como aquellos que me hicieron sentir como en casa en Barcelona) no puedo terminar de agradecerles. Y de manera especial un agradecimiento a mi buen amigo Rafa por su invaluable colaboración en la transcripción y revisión de estas líneas. Al lector sólo puedo prometerle que lo que está por leer abrirá el apetito para acercarse a la obra de este extraordinario pensador que es Eugenio Trías. He aquí sus palabras:

Carlos Girón: ¿Qué entiende Eugenio Trías por cultura?

Eugenio Trías: Yo doy mucha importancia a la noción de símbolo, pero la redefino, es decir, que no acepto las teorías del simbolismo que conozco sino que intento elaborar una teoría propia. Esto lo desarrollo particularmente en

Lógica del límite, pero sobre todo es en *La edad del espíritu* donde más desarrollo esto. Yo creo que, posiblemente, este libro es el más importante que he escrito, y el más ambicioso también. Es un recorrido selectivo por la historia de la humanidad, porque desgraciadamente no lo pude hacer de una manera exhaustiva. Inicia en la protohistoria y termina en la época actual. En él hago una aproximación a las primeras grandes culturas ciudadanas de Mesopotamia y Egipto, luego hago un recorrido por las grandes culturas de la India, de Grecia, de Israel y luego prosigo la línea histórica: la Antigüedad tardía, la Edad Media y el Renacimiento europeo. En cierta manera es un recorrido histórico, pero atendiendo mucho a un fondo de creencias, de tipo religioso fundamentalmente, que está en el sustrato de las culturas, de las grandes culturas. En realidad es un recorrido a través de las grandes culturas. Para localizarlas, el concepto que me es absolutamente indispensable es el de símbolo.

Yo diría que cultura es una forma de organización simbólica, una manera de organización del símbolo. En *La edad del espíritu* lo desarrollo mucho más: digo un poco qué entiendo por símbolo, esto lo desgloso en siete dimensiones, que les llamo categorías o categorías simbólicas, y según cuál prevalezca hago una especie de explicación del curso histórico. Por ejemplo, la dimensión cósmica o cosmológica prevalece en las culturas de Mesopotamia y Egipto, en otras en cambio prevalecen otros de los componentes que voy destacando. En la protohistoria prevalece lo que llamo la dimensión matricial, en fin, en cualquier caso, respondiendo un poco a la pregunta, yo diría que cultura es una organización simbólica de un determinado sesgo y, en términos plurales, podríamos decir que las culturas se caracterizan, tienen su historia, su identidad y se diferencian unas de otras por la manera como su organización se produce.

C. G.: Esta forma de organización simbólica, la cultura, ¿cómo estaría relacionada con la ciudad?

E. T.: Bueno la ciudad es, como sabemos, un invento tardío. La humanidad originaria, durante eones, no dispuso de ese invento. Luego hubieron en el neolítico agrupaciones aldeanas, que corresponden con la gran revolución neolítica; el caso es que, evidentemente, a partir de una determinada época histórica puede hablarse de una cultura urbana o cultura ciudadana. Sobre

todo en el oriente próximo encontraríamos ese origen en Ur uruk, Mesopotamia, o en las ciudades del Delta del Nilo en Egipto. Pero bueno, en cierta manera yo diría que la cultura que conocemos es predominantemente urbana por lo menos a partir de culturas y civilizaciones de Egipto y Mesopotamia. En ese sentido, yo diría que ahí donde la ciudad prevalece la cultura es cultura urbana, cultura ciudadana, o tiene una marca urbana y ciudadana muy específica. Ocurre en culturas del próximo Oriente, ocurre también en la cultura Hebrea —sobre todo cuando se asume el centro de Jerusalén como punto de adhesión—, ocurre en las célebres e importantes ciudades estado primero de Grecia y luego de Roma, sobre todo en el caso griego: Atenas, Esparta, Tebas, etc. Lo mismo podríamos decir de otros mundos culturales: extremo Oriente, en la América Precolombina, por lo menos hasta cierto punto. En cualquier caso, yo diría que la contraposición entre civilización y cultura procede un poco de la filosofía alemana de principios de siglo, y yo no estaría muy cómodo con esta contraposición. Se ha abusado mucho de esta manera de entender, sobre todo en ciertas connotaciones, como si la cultura tuviera un elemento de espontaneidad y vitalidad, y entonces la civilización fuera una especie de estadio final. Es un poco el razonamiento que sigue Spengler en *La decadencia de Occidente*, pero yo no estaría conforme con esta posición. Yo creo que hay un gran solapamiento, aunque evidentemente hay una cultura rural importante, una cultura previa a la ciudad y una cultura que existe, cada vez menos esto hay que decirlo, sobre todo en la época de la “aldea global”, como le llamaba McLuhan, donde en cierta manera los lindes se difuminan entre el campo y la ciudad, aunque evidentemente todavía podemos marcar la diferencia en muchos espacios de la tierra.

C. G.: Entonces ¿a usted le parecería que esta distinción o separación entre civilización y cultura es más bien artificial?

E. T.: Yo más que todo no la encuentro muy operativa en los términos en los que se planteaba en la filosofía alemana, que es la primera en la que se marcó mucho el énfasis en una contraposición entre cultura y civilización. Por ejemplo, a veces para marcar la diferencia entre la cultura alemana frente a la civilización francesa hay una raíz nacionalista algo telúrica y un poco oscura en todo esto. Estoy pensando en textos de Thomas Mann, como en *Las considera-*

ciones de un intempestivo, me parece una polémica estéril, contraposiciones de otros tiempos que quizá no sean muy útiles. Creo que desde que hay ciudad hay un cierto solapamiento entre lo que podríamos llamar cultura y ciudad, por tanto cultura y civilización, la condición civil como condición también de forma cultural. Por lo menos esto sucede en los ámbitos de mayor fuerza y pujanza cultural: en la Grecia de la tradición ateniense, en la ciudad estado, en Roma, y también en la Edad Media, sobre todo a partir del auge de las ciudades que cobran a mediados del siglo XI y principios del XII un protagonismo, una importancia, evidentemente que hay una cultura de monasterio, hay una importante cultura que tiene más bien vínculos con la sociedad feudal. Pero poco a poco lo que se va generando, sobre todo en el ámbito occidental: en Italia, en Alemania, es esta gran cultura de las ciudades que casi sigue la identidad, sobre todo en estos países, y en general en toda Europa. Digamos que la cultura de la ciudad ha tenido siempre el carácter de una cultura con cierta vocación en pro de la libertad. Es curioso que Max Weber en *Economía y sociedad* señala que, cuando habla de formas ilegítimas o que no encuentran legitimidad en la dominación, una de ellas es, precisamente, la gestación de las ciudades. Por esquema la legitimación puede ser tradicional o carismática, o la moderna legitimación racional o democrática; pero bueno, en ese esquema las formas ciudadanas cívicas propias, por ejemplo, de la ciudad europea, italiana o alemana que surgen de cierta manera de una insurrección respecto de los poderes fácticos como son la iglesia y el estado, los señores feudales y el dominio eclesiástico que quedan muchas veces encalladas en sus propias luchas, como en el caso de Italia, yo diría que se solapan ambas cosas. A mí, en todo caso, el tema de la ciudad me ha importado mucho, como se puede apreciar en mis libros *El artista y la ciudad*, *Ciudad sobre ciudad*, *El lenguaje del perdón*, en todos mis libros está muy presente esta cultura urbana, como lo he dicho, una forma de organización simbólica pero que tiene en el marco de la ciudad su sede, su territorio propio y específico.

C. G.: En esta medida usted estaría de acuerdo con este tipo de idea que plantea Joseph Rykwert en su libro *La idea de ciudad*, donde la ciudad aparece como el vehículo perfecto de una cultura y de un estilo de vida.

E. T.: Sí, Rykwert en ese estupendo trabajo se apoya en un ensayo muy bueno, que yo tengo muy en cuenta también, que es “El poder del centro” de Mircea Eliade que aparece en su libro *Imágenes y símbolos*. Ahí habla un poco de cómo toda ciudad se organiza, en cierta manera, como centro del mundo. Fundar una ciudad tiene un carácter cosmogónico, es una reiteración o recreación de la propia creación del cosmos y por eso es un poco el *ónfalos*, el ombligo del mundo. El centro de la ciudad, el casco antiguo, el *ágora* o el lugar donde se excava el *mundus*, que también lo explora estupendamente Rykwert o que tenemos ya un poco de indicadores de este gran tema en Alberti y en muchos de los teóricos, que bueno, con sólo pasearse por el foro de Roma se puede descubrir constantemente y continuamente la presencia de estos temas que trata Rykwert, donde la fundación de la ciudad tiene un carácter simbólico, donde el acto fundacional de la ciudad y la ciudad misma es un símbolo. Evidentemente que la ciudad responde a una serie de necesidades, sobre todo en culturas y civilizaciones tan pragmáticas como la romana, pero hay esta impronta simbólica, que es lo que reconstruye muy bien Rykwert en su libro y que es un tema que yo he recogido e incorporado en muchos de mis textos como *La edad del espíritu*, *Ciudad sobre ciudad*, así como metáfora de mi propia propuesta filosófica. Yo diría que este componente simbólico, que es propio de la cultura, en la ciudad se constituye de la misma manera como la propia ciudad es fundada o fuese fundada, yo diría en muchas de las tradiciones no sólo en las que hace referencia Rykwert, sino podríamos encontrar esta correlación por lo menos entre ciudad-cosmos, centro del mundo y fundación ciudadana, en muchas otras culturas.

C. G.: Otro de los temas importantes que aparecen en sus libros es el sueño, pensando específicamente en *El árbol de la vida*, ¿cuál sería el papel del sueño en la ciudad de acuerdo a lo que ha dicho ahora?

E. T.: Yo parto de la premisa platónica, yo soy muy platónico y lo soy cada vez más. Siempre lo he sido, pero ahora cada vez más concientemente. Cuanto más leo a Platón más me entusiasmo con sus percepciones e intuiciones y, en cambio, las cosas que me parecen a veces extrañas responden un poco a que no en vano han pasado bastantes años entre Platón y nosotros. Pero bueno, si uno lee hoy *La República* y la lee con benevolencia, con buenos ojos, no con mala

intención, pues entonces evidentemente verá todo tipo de horrores en ese texto. Pero lo mismo con *El Banquete*, *El Fedro* o con *El Fedón*, que son textos magníficos. La verdad es que no hace mucho hice una lectura entera de la obra de Platón y fue de lo más extraordinario, es una experiencia única. Yo parto de la premisa de la correlación tan magnífica, que expone en *La República*, entre el alma y la ciudad. Hay el alma del mundo, el alma de las esferas celestes y el alma de los animales, pero yo me refiero al alma personal, al alma propia, la que reconocemos como propia. Con la ciudad hay una especie de correlación, de manera que la propia alma es como una ciudad en pequeño, un microcosmos ciudadano, y la ciudad es como la propia personalidad pero proyectada en gran amplitud. Esta idea tan extraordinaria que preside la investigación de Platón en *La República* donde examina una y otra vez las correlaciones que hay entre las partes del alma y las partes de la ciudad, las virtudes anímicas y las virtudes ciudadanas, la tengo muy presente en todos mis libros, en *El artista y la ciudad*, *Ciudad sobre ciudad*, en todos ellos, porque creo que hemos vivido un mal siglo para Platón, quien ha sido un poco el gran villano de la filosofía en el siglo XX que ha conducido a una especie de tópico general de todos los filósofos a apartarse de Platón y mostrarlo como un verdadero corruptor. La mala vibración con Platón ya la encontramos en Nietzsche de una manera muy acentuada, la volveremos a encontrar en Heidegger que sólo dice despropósitos sobre él, y por supuesto en Karl Popper y muchos otros más. Ahora es muy importante reconciliarse con esas tradiciones, sobre todo la que Platón inaugura, que es fundante de nuestra propia cultura y de nuestra propia civilización, las dos cosas a la vez. En ese sentido yo diría que en el alma hay muchas cosas, hay números, música, como lo dice Platón en *El Timeo*, y hay sueños. Los sueños también tienen su propia lógica, sus formas de argumentación, sus modos, son, en suma, sueños del alma y sueños de la ciudad. No es casual que muchas veces uno componga sus sueños con un escenario urbano. En mi libro *El árbol de la vida* hablo de mis propios sueños y hago referencia a esto, o bien que la ciudad misma se construya por proyección y objetivación de los propios sueños, por lo menos en los aspectos más artísticos de la ciudad o donde uno puede encontrarse de una forma más simpática y empática con ella.

C. G.: La dimensión del sueño desde Descartes ha quedado un poco excluida, por la necesidad de la claridad, ¿cuál sería entonces la importancia del sueño en la cultura? ¿Es importante recuperar esta dimensión?

E. T.: Cuando publiqué *El árbol de la vida*, que en realidad es un libro de confesiones y memorias, la verdad es que lo escribí con una enorme espontaneidad, sin saber que había todo tipo de escuelas y controversias en relación a lo que se supone que tiene que ser un libro de memorias, un libro autobiográfico. Yo lo escribí, sobre todo, para esclarecerme a mí mismo, porque todo libro que escribo lo hago con una especie de espíritu gnóstico, espero de él un avance importante en un conocimiento que en cierta manera tiene una dimensión de liberación para mí, pero que quiero transmitir al lector. Curiosamente se le criticó a este libro de una manera que a mí me dejó muy sorprendido, porque abundaban cosas que, según ciertas escuelas, tienen poca sustancia confesional o sustancia memorialista, como por ejemplo los sueños. Yo en esto sigo en las tradiciones de la mejor antropología cultural. Levi-Strauss cuando define lo que constituye el objeto de estudio de su disciplina no sólo se refiere a las instituciones matrimoniales, a las formas sociales, a los modos de administración de la riqueza, a las maneras de entender los conflictos y las guerras con las tribus vecinas, sino que también habla de mitos y sueños, de documentos de los sueños, es decir, cómo una sociedad sueña es algo absolutamente relevante. Cómo una persona sueña o qué sueña y qué carácter tienen los sueños, qué argumentos están en los sueños es algo absolutamente importante. Yo en esto la verdad soy, como Rosario Herrera Guido, gran amante de Freud. Mis amores antiguos están por la vía de Platón y los modernos sobre todo de Freud. Yo creo que nuestra cultura, por lo menos la cultura del siglo XX, tiene un origen magnífico en el año de 1900 en que se publica *La interpretación de los sueños*, no es casual que sea esta fecha; tiene un carácter hasta simbólico. Yo creo que hay un antes y un después de *La interpretación de los sueños*, siempre se ha dado sentido, por lo menos todas las personas sensibles, al mundo de los sueños —salvo los ilustrados más recalcitrantes y sobre todo más dogmáticos—, siempre se ha dado importancia al carácter que tiene de inspección del futuro, y por tanto oracular del sueño, hasta qué punto revela nuestra propia identidad, cómo en el sueño es donde se expresa lo más genuino de nuestro propio deseo, de nuestra forma de anhelar. El sueño, como sabemos, tiene su retórica, tiene su forma de composición, con sus figuras específicas, con sus metonimias, sus metáforas, sus ironías, sus cosas, entonces yo creo que el sueño es importantísimo. Por esto hice a conciencia en este libro unas memorias o confesiones muy heterodoxas, por lo que veo, porque parece

ser, sobre todo en este país, que las memorias que no hablen de la Guerra Civil o de cosas parecidas no valen la pena, cuando era difícil que yo hablara de estas cosas porque nací en el 1942, pero si no hablas de cosas que se supone son objetivas no constituye material memorizable. Yo creo, por el contrario, que los sueños, en toda su gama, desde los sueños más dulces hasta las más tremendas pesadillas, son absolutamente reveladores de una identidad, de una personalidad y sobre todo de una colectividad. Yo por esto doy tanta importancia al sueño, y un poco este libro lo dice, sobre todo la primera parte que es la que da más carácter al libro a partir de una colección de sueños míos personales que importaba mucho descubrir y mostrar, y sobre todo trazarlos como una especie de argumento de mi propia trayectoria vital.

C. G.: Una pregunta un poco de diagnóstico, ¿cuál cree que sea el lugar del sueño en la filosofía de nuestros días?

E. T.: El sueño es la mitad de nuestra vida, es más, yo creo que el sueño nos da claves para entender aquello que en la vida diurna, en la vida despierta, nos queda más en la penumbra; me parece que el sueño lo hace siempre bajo esta especie de ropaje por un lado fastuoso y por otro enigmático, como ciertas formas simbólicas. Hay siempre el misterio del origen y un poco la expectativa y temor respecto al fin; dicho sin ambages, el antes de nacer y el después de morir. Yo creo que ahí es donde el sueño tiene un protagonismo particular; en este sentido yo creo que el sueño es importantísimo en la vida de cada uno y en la vida de todas las culturas; casi podríamos decir que las culturas se miden por sus propias formas de soñar.

C. G.: ¿Podríamos decir que el sueño es una de las fuentes de la vitalidad que puede leerse en los textos de Eugenio Trías?

E. T.: Yo siempre he dialogado con formas de objetivación del mundo simbólico y del mundo onírico como son las formas, muchas veces, las mejores formas culturales. Sin este carácter de objetivación del mundo onírico, o del mundo inconsciente para decirlo en términos freudianos, no entendemos las mejores creaciones del mundo de la cultura, sea en el ámbito de la literatura, de la pintura o de la música. Es evidente que cuando nos sentimos como

subyugados y como arrebatados por algo que percibimos, sea con la vista o con el oído, la audición o la percepción, siempre tiene alguna referencia a este mundo de los sueños.

C. G.: Le propongo una especie de ejercicio de asociación libre. Le diré un par de palabras y usted dirá lo que guste sobre ellas. La primera es *melocotón*.

E. T.: Esta palabra tiene que ver mucho con mi propia identidad, lo sabe quien ha leído el *El árbol de la vida* donde hablo de esta palabra como la primera que yo pronuncié. No sé si es verdad o leyenda, lo digo en el texto, que el problema de nuestra infancia, y en este libro hago un intento de aproximación a este mundo fascinante, como en el mundo del sueño, que es el mundo de la infancia, hay conexiones entre una cosa y la otra. Especialmente que está tan mediatizada por los recuerdos o las memorias que no son las propias, que son las que uno más bien ha ido como filtrando y encontrándose a partir de palabras ajenas, de familiares, empezando con los más cercanos hasta los menos cercanos, porque de alguna manera han ido ya casi creando una especie de leyenda. Todos tenemos nuestra propia leyenda, y en la mía pues hay esto que relato en el texto relacionado quizá como particularidad de una cierta excentricidad en algunas cosas, que mi primera palabra fuera melocotón, no sé si es verdad o no. Esto me da bastante pauta para entender cómo surgen las leyendas, donde lo importante más bien es lo que tienen de carácter de unificación en el sentido o de unidad de significación que se produce más allá de que hayan o no sucedido —o acontecido— de la manera en que se transmiten.

C. G.: Es muy interesante este punto que menciona. Las leyendas, independientemente de su veracidad, permiten leer otras cosas, como por ejemplo la propia existencia.

E. T.: Claro, este es un poco el valor que tiene casi como una especie de algoritmo de la propia identidad, de signo donde se coagula o jeroglífico más bien.

C. G.: La segunda palabra que tenemos es *Barcelona*.

E. T.: Barcelona me despierta esa especie de amor y odio que es propio o que genera todo lo matricial. Al fin y al cabo cuando hablo de lo siniestro, de lo *Unheimlich* que yo interpreto como lo siniestro, es en la medida en que lo siniestro tiene que ver con lo más cercano, con lo más familiar. Este efecto de lo siniestro lo producen no cosas muy lejanas, sino las más próximas. Barcelona, para mí, es por un lado una ciudad donde he vivido siempre, donde hay cosas que me encantan y que las he descrito en algunos textos, por ejemplo en *La aventura filosófica* hago una descripción detallada de una de las plazas que se construyeron en los años 80 en Barcelona, o bien en otros textos míos. Pero debo confesar que hay muchas cosas de la ciudad que no me gustan, no digo ya aquí en el aspecto físico sino moral, por ejemplo, a mí el componente nacionalista que uno encuentra, no sólo en Barcelona sino en todo Cataluña, me parece un elemento disgregador, nocivo, negativo, nada favorable para la construcción de un marco cívico, lo que es una ciudad, pues yo creo que está por encima de inclinaciones de esta naturaleza étnica o fundadas ya sea en el lenguaje, en la religión o en otros aspectos. Yo participo de una cultura cívica en un sentido más ilustrado del término. Creo que la ilustración es buena si se sabe concebirla y aplicarla en los ámbitos donde es necesaria; lo malo de la misma es cuando pretende legislar sobre los terrenos donde no tiene jurisdicción, como el de los sueños de que hablábamos antes, ahí es donde aparece su gran fiasco. En cambio hay otros campos, como el de la política concretamente, y el campo referido un poco a las culturas ciudadanas, a las culturas cívicas, donde un cierto componente de ilustración es muy importante.

C. G.: Agradezco infinitamente su tiempo y sus palabras.

Notas

1. Eugenio Trías, *El árbol de la vida*, Barcelona, Destino, 2003, p. 15.
2. Joseph Rykwert, *La idea de ciudad*, Salamanca, Sígueme, 2002, p. 13.